

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Nuestro dibujo.—*Los Ganaderos*, por J. Sánchez de Neira.—*La Escuela de Tauromaquia de Sevilla y el torero moderno*, por Sobarquillo.—*Revista de Toros* (18.ª corrida de abono), por Don Cándido.

NUESTRO DIBUJO.

SANTOS LOPEZ (PULGUITA)

Aunque joven todavía el banderillero cuyo nombre encabeza estas líneas, cuenta, sin embargo, con una larga y brillante historia taurina.

Criado, puede decirse, en el matadero de reses de la capital de España, de donde es natural, y familiarizado con las operaciones propias del establecimiento, no pudo sustraerse á la influencia que frecuentemente ejercen esas ocupaciones en el ánimo de los que á ellas se dedican, impulsándolos con irresistible fuerza al ejercicio de la tauromaquia, ya por el roce constante con esta clase de ganado, ya por el conocimiento que del mismo adquieren por consecuencia de él.

Tal aconteció con el joven Pulguita, quien llevado de estas aficiones se lanza resueltamente á las candentes luchas del circo, sin abandonar por eso su empleo en el establecimiento antes citado, atreviéndose á lidiar y matar por vez primera dos becerros en la Plaza de los Campos Eliseos, el día de la Concepción del año de 1877.

A partir de esta fecha, Santos López entra de lleno en el arte de Romero, siendo las primeras corridas formales en que figura como banderillero, las verificadas en 1878 con motivo del primer casamiento del rey D. Alfonso XII. Toreó después con Machío, Hermosilla y Angel Pastor; y al formarse la cuadrilla de Mazzantini, fué uno de los tres peones elegido por el nuevo matador. La muerte del célebre é inolvidable Pablito Herráiz dejó vacante un sitio entre la gente de Frascuelo, y Pulguita abandonó la cuadrilla de Mazzantini, para sustituir á una de las más inteligentes y agradables figuras del torero moderno, continuando en el día al lado del espada granadino.

Respecto de sus méritos y condiciones, debemos confesar que Pulguita, si no es un gran banderillero, puede conceptuársele como muy aceptable. Sin tendencias á ningún sistema determinado, cumple brillantemente muchas veces, y no traspasa los límites de lo vulgar las más; pero sin pretensiones, modesto y con excelente voluntad, se granjea las simpatías del público, y ocupa el lugar que le corresponde como entendido peón de brega y compañero trabajador.

De lo peligroso que es el contacto con los toros, ha recibido algunas elocuentes pruebas, pero ninguna tan desagradable como la grave cogida que le ocasionó el toro *Finito*, de Heredia, en la plaza de Albacete, el día 7 de Octubre de 1885.

LOS GANADEROS

Los que en España poseen vacadas de reses bravas que dedican á la lidia, no dan señales de conocer á fondo sus verdaderos intereses. De igual manera, y observando igual conducta que el dueño de la gallina de los huevos de oro, po-

nen especial empeño en sacar hoy el mayor producto posible á su ganadería, aunque mañana quede reducida á escasos rendimientos.

Si con esa conducta no saliéramos perjudicados los aficionados á la fiesta nacional, guardaríamos silencio, porque en realidad cada uno es dueño de administrar sus bienes según mejor le parezca; pero es que con los intereses del ganadero se confunden primeramente los de las empresas y después los de los lidiadores y los del público, que es quien paga siempre los vidrios rotos, en resumidas cuentas.

El gran consumo que se hace de reses bravas, lo mismo en España que en el extranjero, puesto que hasta las Repúblicas americanas se surten de las que en nuestra nación se crían, con motivo del gran número de Plazas nuevas y el aumento de funciones que en todas se verifican de algunos años á esta parte, justifican en cierto modo el exorbitante precio que alcanza el ganado de lidia; el mayor arrendamiento, ó mejor dicho, el mayor precio de la renta que por cuestión de pastos,—el que no los tenga propios,—ha de satisfacer con relación al que los prados y dehesas tenían hace algunos años, también favorecen sus pretensiones, que reconocemos y hacemos extensivas á los que no llevándolos alquilados, por ser de su propiedad particular, han de tener en cuenta la renta que en otro caso habían de redituar.

Pero si todo eso abona la exigencia de cobrar alto precio por cada toro, hasta el punto de hacerse difícil á las empresas presentar buen ganado y de nombre, no se justifica de ningún modo cuando los animales carecen de los requisitos más precisos para ser presentados en Plazas de primer orden. ¿A qué repetir las traídas y llevadas frases de falta de edad, mal trapío, defectuoso, etc., que con razón extiende todo el mundo, cuando juzga del ganado que hoy se lidia? Por sabidas las callamos, y como ciertas las acatamos.

No diremos que todos, pero sí que la mayor parte de los ganaderos actuales guardan y crían como toros de casta y hierran como de casa, becerros que ni aun para cabestros podrían ser más tarde destinados, y que, sin embargo, á los cuatro años, y cuando más al cumplir cinco hierbas, ostentan la divisa que en tiempos anteriores dió renombre á la vacada. No se crea, como es voz general, maliciosamente extendida, que los toros de poca edad son corridos porque no pueden atender los dueños de las ganaderías á los pedidos, y se les

concluyen los que realmente son toros de reglamento, viéndose precisados á venderlos de cuatro años y aun utrerros, no: alguna vez, en determinada y escasa vacada, podría acontecer; pero la causa no es esa. Se echan á los circos toros jóvenes, porque se cobran á igual precio que los de cinco años ó más, y es un ahorro de gran consideración el alimento, cuidado y contingencias que cada año representa; van á la lidia toros jóvenes porque el estragado gusto del público y el vicioso toreo que hoy se estila, exigen ligereza en las reses, poca ponderación en sus carnes y mucha blandura en sus huesos que un toro hecho, de más de cinco años, y bien criado, se cansa y fatiga con los recortes continuados, y concluye por recelarse y ponerse en defensa, y claro es, hace más un cuatrefío que un toro de edad reglamentaria. Si por un lado se ahorran gastos y por otro ven que cumplen mejor los bichos jóvenes, sino en poder y buenas condiciones, en ligereza y aptitud para algunos toreros, hacen bien, vendiendo lo que más les vale; pero han de permitir que se les diga que con esa conciencia «al freir será el reir».

Por causas que todos conocemos y que no hemos de reproducir, puesto que antes de ahora las hemos expuesto, las corridas de toros *van bajando*, tal ha sido el abuso que con ellas se ha hecho, repitiéndolas hasta la saciedad; de tal manera se verifica la lidia, que en nada se diferencian la de un día, y la de otro, y otro, pareciendo la repetición de esas *piecitas* de á dos reales acto, que aplaude siempre la *misma* gente, y no otra, salga bien ó salga mal; y á tal precio y de tales condiciones son las reses que los ganaderos dan. Pero eso no durará, ha empezado á caer y caerá, y no son los ganaderos los que menos culpa tienen.

Si por una de esas complicaciones que tan fácilmente sobrevienen en toda clase de asuntos, cualquier empresa de plaza de toros (hablamos en hipótesis) la de Sevilla, donde se matan más de cien toros al año; la de Barcelona, que no consume menos; la de Madrid, en que pasan de doscientos los que son sacrificados anualmente, creyese un día ventajoso á sus intereses adquirir toros de ganaderos lusitanos ó suspender las corridas: ¿qué harían los dueños de vacadas españolas? ¿Podrían todos soportar por más de un año la falta de venta de ganado? Algunos puede que sí, otros seguramente no; porque como alentados por el éxito y aguijoneados por la codicia, han admitido en las



tientas por buenos los becerros que debieran ser bueyes, es grande el número de los que han de mantener, y no todos los pastos arrendados son de suficiente cabida para toros, aunque la tengan para becerros.

Todos los inconvenientes referidos y otros que por sabidos se callan, pudieran fácilmente remediarse apelando á la buena fe de ganaderos y empresarios, ya que las autoridades no quieren interesarse por el público en general.

Dijérase en los carteles que los toros de la corrida anunciada, aunque de la ganadería cuya divisa ostenten, no llegan á mas edad que la realmente acreditada; que carecen de defectos ó adolecen de los que les aquejen, tales y como sean; y que son estimados en la vacada por su trapío, corpulencia y antecedentes, como de primera, segunda ó tercera clase, y el público no tendría, como ahora, derecho á ver siempre toros de primera y de la edad de cinco años como *minimum*, que es lo que exigen los reglamentos. Pero cualquier día aceptarían los ganaderos esas condiciones; ellos, que cobran el precio que quieren por toros buenos, medianos y malos, como se venden los garbanzos antes de cernerlos!

Si hoy viviera siendo Gobernador de Madrid D. Melchor Ordóñez, no habría corridas de toros, porque no podría haber empresa que pagase doce mil pesetas por seis toros, ni ganadero cuyas reses fueran desechadas por pequeñas, flacas ó de mal trapío; y sin embargo... falta hace atajar la codicia de muchos ganaderos—no de todos tal vez—para quienes el dinero es lo más, y el espectáculo nacional lo menos, sin tener en cuenta que, desapareciendo éste, su fortuna bajaría un ochenta por ciento cuando menos.

¡Podría decirse tanto sobre el particular!

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA DE SEVILLA y el toreo moderno.

Al libro que acaba de publicarse con ese título no le ocurrirá lo que deseaba aquel escéptico á quien pareciera mejor

*vivir en el mundo un día
que cien años en la historia.*

Aunque no ejerzo de Verdadero Zaragozano, soy zaragozano verdadero, y bien puedo echármelas de profeta por esta vez.

El libro de Pascual Millán quedará.

Y quedará, no sólo para enseñanza y recreo de los aficionados, sino también como abreviado archivo de datos típicos y notas características que habrá de consultar en adelante todo el que quiera estudiar uno de los aspectos más pintorescos del reinado de ese Calígula corto de talla, que figura en nuestra historia con el nombre de Fernando VII.

Este monarca, á quien ya me guardaré bien de llamar desdichado, porque los desdichados fueron los que lo sufrieron, anduvo en todo tan desafortunado y torpe, que hasta como aficionado á toros fué de los peores y más obtusos de su tiempo.

¡No en vano era el ídolo de las honradas masas de Villabrutanda y Villamelón!

Vida, cultura, adelanto, alegría, todo estuvo á punto de desaparecer de nuestro suelo en semejante época, y la decadencia general alcanzó en igual grado y medida á la fiesta española, como en demostración de que el toreo, en lugar de prosperar á expensas del progreso público, perece cuando éste sucumbe, por ser cosa al fin y al cabo tan ligada á la riqueza, al reposo y al bienestar de las gentes.

De toda aquella decadencia horrible, lo único que «conmovió» al déspota fué el estado del toreo, y para sacarlo de tal postración, no imaginó mejor recurso que el de crear la célebre Escuela de Tauromaquia de Sevilla, cuya apertura, por haber coincido con la clausura de algunas Universidades, ha dado tanto que decir á los adversarios del deporte español por excelencia.

Para estos, más que para nosotros, parece escrito el libro de Millán.

Léanlo, y se persuadirán de las razones que tenemos los aficionados para censurar la fundación de la tal Academia Taurina, yendo en este punto del brazo con los que más vituperan el desatinado propósito de Fernando VII.

Examinando Millán un legajo de la rica colección bibliográfica de Luis Carmona, cuya cubierta (la del legajo) dice así: «Expediente original de la creación, organización y supresión de la Escuela de Tauromaquia es-

tablecida en Sevilla en los años de 1830 á 1832», fue como concibió el autor de este libro la idea de estudiar la vida y analizar los resultados del famoso instituto.

¿Qué diré de la realización de esa idea?

Soy amigo y colega del autor; soy paisano suyo; uno á estos títulos el de correligionario en política; opino como él en materias toreras; mis puntos de vista estéticos son casi iguales... —Si el libro de Millán tiene algún defecto, yo no puedo encontrarlo. Todo en él desde la cruz á la fecha, me parece superior.

Ya sé que no faltará quien diga, aunque no son de esta clase de lectores los de LA LIDIA:

—¿Tanto bombo para un libro de asunto tan baladí? Pero yo responderé:

—Sí, señor, y me quedo corto.

Libros así constituyen lo que un autor francés ha llamado la *petite monnaie* de la Historia... —Recorriendo estas páginas vivas, animadas, nerviosas, llenas de color, de toques intencionados, de anécdotas expresivas, de recuerdos exactos y de observaciones críticas, que ya quisiéramos ver resplandecer en trabajos de mayor categoría, se aprende más y se refresca mejor lo ya aprendido acerca de una época determinada, que engolfándose en los enfadosos piélagos de la historia académica ó aventurándose en los estériles desiertos de la crónica oficial.

¿A que no deja de leer y releer el libro de Millán nadie que tenga que llevar á la novela, al teatro, á la historia misma, algún apunte, alguna escena, algún episodio de las costumbres españolas en la época de *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*?

He ahí el mejor elogio que puede hacerse de esta obra.

Cuanto á la mejor fortuna que pueda tener, no deseo sino que la adquieran todos los aficionados que opinan como el autor en la parte relativa al toreo moderno; que es, por cierto, una de las mejores partes del libro, merced al gallardo estilo, sólida argumentación y amenos recuerdos con que se procura demostrar á algunos Jorges Manriques de la afición, que el arte taurino ha llegado hoy á una altura que nunca alcanzó, y que no hay para qué echar de menos las que

*no fueron sino verduras
de las eras.*

El libro de Millán trae al frente un prólogo de Carmona (y también Millán de segundo apellido), interesante, grato y curioso como suyo, y una carta de Rafael Molina, en donde el maestro cambia el toreo de adorno y elegancia por la más simpática modestia y sencillez.

¿Impedirán estas prendas, tan raras en nuestros empingorotados diestros, que alguien le saque algunas tiras del pellejo á Lagartijo?

¡Qué han de impedir!

Por lo tanto, bueno será advertir á las gentes *murmuraderas*—como dicen en la tierra de Pascual Millán y mía—que cuando Pepe Illo tuvo la poca aprensión de firmar un libro que ni siquiera sabía dictar, y Montes la sobrada frescura de dar por suya una obra ajena, bien puede Lagartijo poner una modesta carta al frente de unas páginas que le han sido dedicadas.

Tres pesetas vale, digo, tres pesetas cuesta—por que como valer, vale mucho más—el libro del culto y distinguido redactor de *El País*.

¡Dos reales menos que un tendido de sombra!

¡Al despacho, caballeros!

SOBAQUILLO

Toros en Madrid.

18.^a CORRIDA DE ABONO.—28 OCTUBRE 1888

Toros de Gallardo, procedentes de Barbero, de Córdoba, y cuadrillas las de Lagartijo, Cara-ancha y Guerrita.

EL GANADO

1.^o *Grillito*; sardo bragado, listón, de libras y caído del derecho; tomó con poder y bravura siete varas, dió tres caídas y mató un caballo. Noble en banderillas y en muerte desparramando la vista.

2.^o *Kompelindes*; berrendo en negro, botinero y lucero, buen mozo y cornicorto; con alguna voluntad, pero escaso de fuerzas, tomó nueve varas, dió dos caídas y mató tres caballos. En banderillas desarmando algo y en muerte un ladrón.

3.^o *Espantoso*; berrendo en negro, capirote, botinero, de menos carnes que los anteriores y algo caído del derecho; tomó con más voluntad que poder 10 varas, dió tres caídas y mató un caballo. En banderillas cortando y en muerte bueno.

5.^o *Sisón*; berrendo en negro, salpicado, capirote y botinero, buen mozo y bien puesto; tomó con bravura ocho varas, dió dos caídas y mató dos caballos. Bueno en palos y revolviéndose á la muerte.

5.^o *Lucerito*, del mismo pelo que el anterior, recogido de cara y asistifino. Tomó tardeando seis varas, sin ulteriores consecuencias. En banderillas y muerte quedado.

6.^o *Madriño*; un becerro indigno de una corrida formal de toros, del que protestó el público sin conseguir que fuese retirado. Era su pelo negro zaino, bragado. Con la poca voluntad que su escasa edad le facilitaba, tomó siete varas, y mató dos caballos. En banderillas y muerte un tanto descompuesto.

Como bonita lámina, el ganado de Gallardo la tenía, excepción hecha del último, siquiera hayan carecido de nobleza todos ellos para los dos últimos tercios.

LOS MATADORES

Rafael.—Aunque empezó la faena con el toreo de adorno, dando algunos pases de buen efecto, éstos no castigaron á su primer toro, que se mostraba receloso, ni el matador paró lo suficiente para colocar á la res en condiciones de permitirle desenvolver la brega con arreglo á los deseos mostrados al principio.

Tras breves pases de muleta se tiró desde lejos y cuarteando con una estocada contraria y con tendencias, que á pesar de este defecto bastó para apurar al toro é intentar el descabello que hizo efectivo la segunda vez, siendo lo más meritorio que Rafael, como pocas veces acostumbra, se trabajó sólo la muerte de su enemigo. En su segundo, de iguales condiciones, poco más ó menos, que el primero, Rafael necesitó de la ayuda de todos sus peones; especialmente de su hermano Juan, al que le debió la muerte del bicho. Desconfiado desde el primer momento el diestro cordobés, no hizo nada de particular que fuera aplaudible, y si mucho digno de censura, incluso un pinchazo en hueso, sin soltar, saliendo acosado, y media estocada tendida y con tendencias; todo ello á paso de banderillas; que en nada influyeron para que el toro, en uno de los innumerables capotazos, midiese la arena mareado y le rematase el puntillero.

El elocuente silencio del público después de la muerte de este toro, le demostraría que es preciso no abusar de su benevolencia y justificar las simpatías que cuenta entre el mismo.

En la brega estuvo trabajador en el cuarto toro, ganándose los aplausos en dos oportunos quites y en una larga de las que ya vá escaseando.

Dirigiendo el ruedo, como siempre; poco enérgico con la gente.

Cara-ancha.—El hueso de la corrida fué su primer toro, que ya desarmaba en banderillas y siguió lo mismo en el último tercio. No es de extrañar, por tanto, que el matador le tomara con todas las precauciones que el caso requería, y contribuyeran á recelar más al animal de lo que ya lo estaba. En esta situación dicho se está que el juego de la muleta fué como Dios le dió á entender, y no hizo poco en aprovechar la primer coyuntura en que el toro se cuadró en las tablas del 7 para coger un muy buen volapié que hubiese sido de completo lucimiento si el diestro no vuelve la cara, como lo verificó, cosa que dá lugar á pensar que Campos al herir no tenía completa conciencia de lo que hacía. Antes de esta estocada, Cara-ancha había soltado un pinchazo en hueso á paso de banderillas, saliendo por pies.

La faena de su segundo toro fué en un todo igual á la de su primero; y pudo costarle caro en los pases con que la empezó, porque el toro, aunque quedado, conservaba facultades, circunstancia que el matador no tuvo en cuenta para descubrirse en la brega más de lo conveniente.

La muerte fué también originada por otra estocada de fortuna, tan buena, que dió con el toro en tierra en el momento. Cara-ancha, aunque desde lejos, entró á matar muy por derecho.

Los lances de capa que dió al quinto, consistentes en cinco verónicas, una navarra y dos de farol, aunque aceptables, no fueron tan acabados como él acostumbra, y en algunos perdió terreno el diestro, siendo de censurar también que no los termine con el reposo que tanta elegancia imprime á esta suerte y tanto realce presta á su remate.

Guerrita.—Puso ayer de manifiesto las deficiencias de los espadas que le precedieron, demostrando palmariamente que cuando el diestro y la fiera se estrechan en el terreno y verifican la reunión se consuman las suertes con infalible éxito.

Guerrita hizo, como vulgarmente se dice, tragarse á su primer toro la muleta en sólo cinco pases, y asombrado éste por el engaño, quedó cuadrado para recibir un volapié hasta la taza, que el diestro le propinó, tirándose desde la misma cuna, y del cual cayó hecho una pelota, no necesitando puntilla. Y con aplaudir al joven diestro, sin reservas, como lo hizo ayer todo el público, no necesitamos insistir en lo concienzudo de su faena.

No tan lucida, porque el toreo no tenía condiciones para ello, fué la que empleó con el último, pero recogió con igual inteligencia y sin ayuda de nadie al revoltoso novillo y dió fin de la corrida con otro volapié hasta el puño, sin más defecto que resultar un poquito tendido.

Así se torca, se gana el dinero y se escala el primer puesto en la época taurínica presente.

¡Bravo Guerrita!

En la brega infatigable y oportuno; algunos recortes menos y un poco más de aplomo es lo que LA LIDIA exigiría.

LOS BANDERILLEROS.

No recordamos ninguna par que merezca mención. La temporada actual, salvo algunas excepciones, quedará como modelo de malo en lo referente al segundo tercio.

LOS PICADORES

Y tenemos que repetir lo mismo respecto al primero; sólo el Sastre puso algún buen puyazo sin llegar á merecer los honores de las palmas.

LA PRESIDENCIA

Bien, siempre que exija la responabilidad á quien corresponda por la presentación en plaza del último becerro.

La tarde hermosa y regular la entrada.

DON CÁNDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Teléfono 133.